

ANTXÓN EL ZOMBI

en

Cachitos de mi vida



DiQueSi



DiQueSÍ

© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Cecilia Alonso

Ilustraciones: Cristina de Cos-Estrada

Edición: María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-945196-7-3

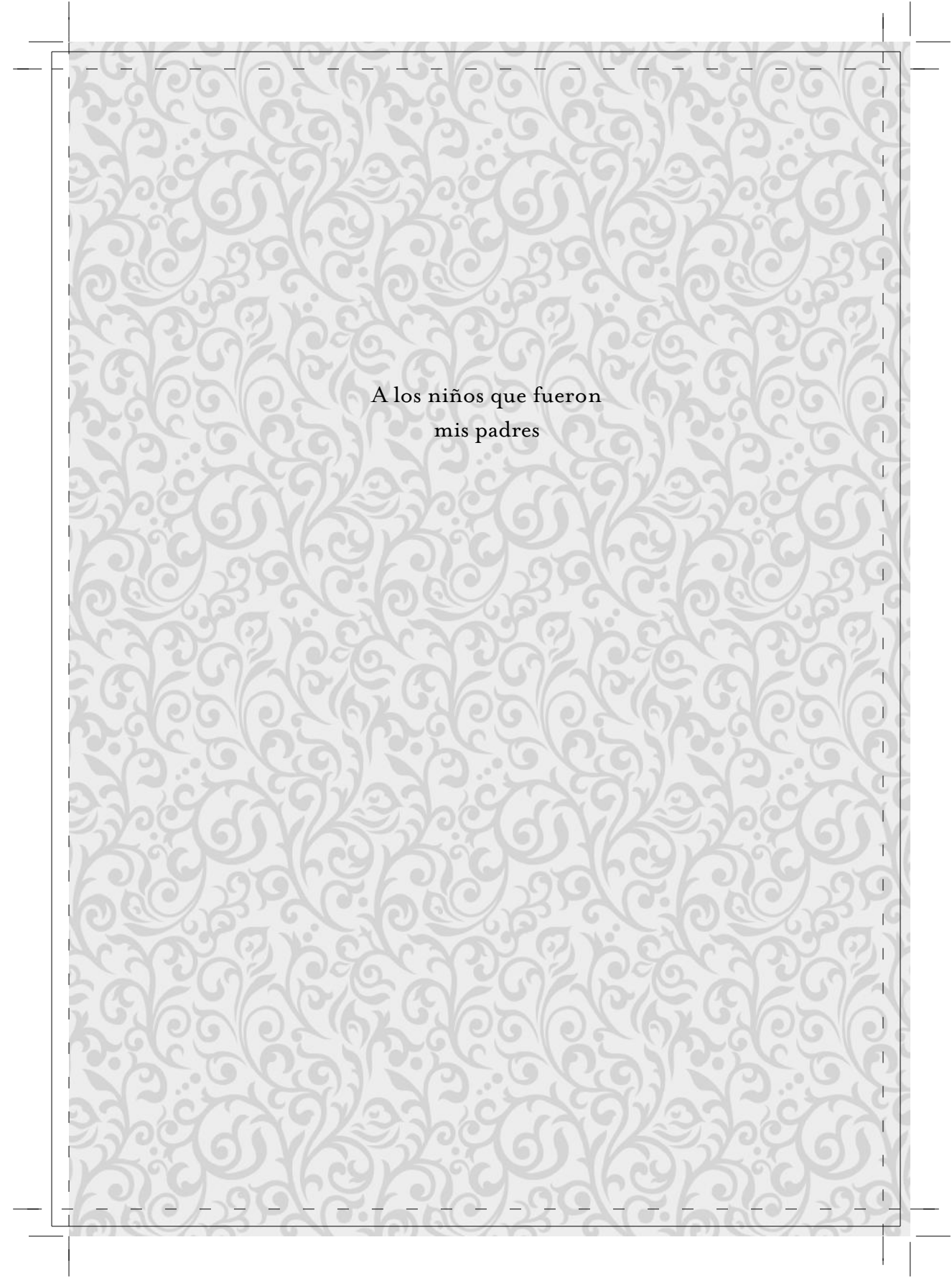
Depósito Legal: M-14508-2018

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2018

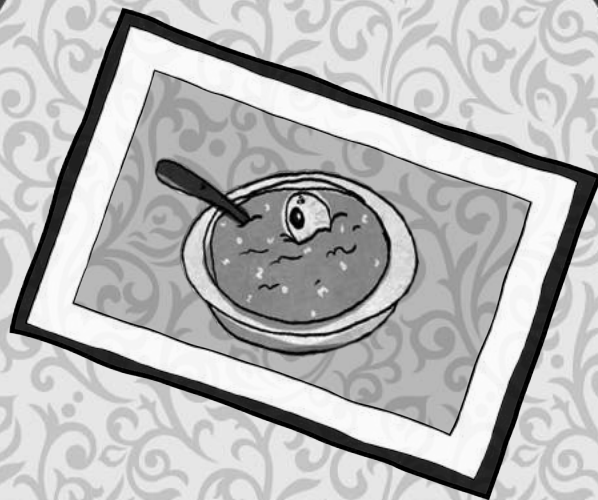
Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.



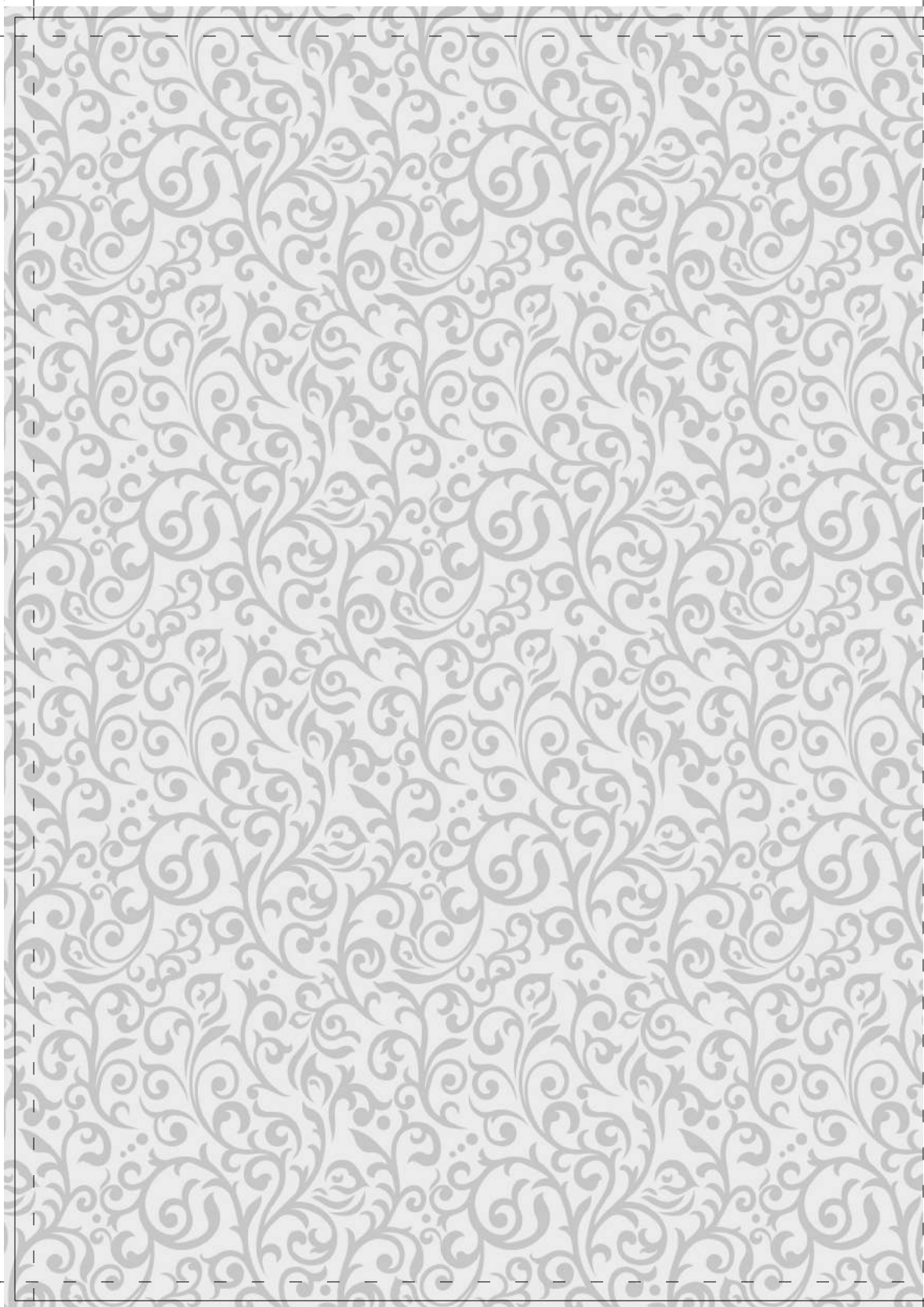
A los niños que fueron
mis padres





UNO

Nueva ciudad, nueva vida



Mi vida dio un giro radical cuando me convertí en zombi. Hasta entonces había sido una maravilla: colegio, consola y fútbol. Creo que por esa razón la transformación fue una experiencia tan traumática. Y eso que papá, mamá y Amaia ya la habían pasado, y, cuando comenzó lo del babeo, mamá ya estaba prevenida.

—Nicolás, trae las correas, que el niño se nos transforma. ¡Qué ilusión!

A mí me hizo muy poca gracia, francamente. Significaba dejar atrás a mis amigos, mi habitación, mi parque... Porque además de lo del babeo, que no es para dar saltos de alegría, estaban esperando a que yo me transformase para mudarnos de Parla a Alcoben-

das. Un sitio nuevo, donde nadie nos conociera y no se pudiese apreciar lo que habíamos cambiado en los últimos meses.

Primero fue mi hermana. Como tenía trece años, mi madre atribuyó lo de los ojos rojos a que se había enamorado de algún cantante con tupé, uno de esos de los pósteres de su habitación. Hasta que le dio por mordernos en cuanto nos veía por el pasillo. Eso nos descolocó un poco. Llamaron a un psiquiatra, que descartó cualquier cosa que se pudiese curar con pastillas y salió corriendo más rápido que un coche de fórmula uno. Luego, a mi hermana comenzó a caérsele la piel a cachos. Ahí nos dimos cuenta de que no estaba enamorada, sino que había algo más.

Todavía no entendíamos bien qué le estaba pasando a Amaia cuando mi madre empezó a transformarse. De la noche a la mañana comenzó a tener los mismos síntomas. Después llegó el turno de mi padre. Para cuando me tocó a mí, ya sabíamos cómo iba todo: primero se te ponían los ojos rojos, luego babeabas y mordías a todo el que pillabas y, ya, por último, volvías a ser casi normal. Eso en el transcurso de unos días. Tras el proceso, cuando parecía que todo había acabado, te dabas cuenta de que, en realidad, todo había empezado. Se

iniciaba ante ti una nueva vida como muerto viviente. Amanecías con la piel lisa como una manzana de las verdes, pero a medida que iba avanzando el día comenzabas a pudrirte y a oler a pollo revenido. Y a eso de las siete de la tarde apestabas ya a queso de cabrales y se te iban cayendo las partes del cuerpo a trozos. Lo llamábamos “la hora de los cachos”. Te rascabas la frente y se te caía la ceja; te sonabas la nariz y te quedabas con ella en la mano; levantabas el mando de la *tele* para cambiar de canal y se te desplomaba el brazo. Es un poco molesto, sinceramente, estar todo el rato recogiendo el dichoso cacharro y tener que tragarte todos los anuncios.

Por la noche no dormíamos, pero durante unas horas entrábamos en una especie de letargo y nos íbamos regenerando: nos volvían a salir las cejas, los brazos y lo que hubiésemos perdido a lo largo del día. Dábamos un poco de grima, lo reconozco, ahí tirados, con los ojos sin cerrar, en blanco. Antes de transformarme me pasaba las noches sin dormir porque me daba miedo que al resto de la familia le pasase algo mientras “dormía”, pero nunca sucedía nada. En cuanto se despertaban, se les ponían los ojos en su sitio y volvían a estar sanos, frescos y con piel de melocotón y albaricoque.



Así que, un poco antes de que yo me transformase, mis padres tomaron la decisión (entre ellos, claro) de mudarnos.

Al principio, cuando nos dijeron que nos íbamos a cambiar de casa, lo pasé fatal. Pero todavía no me había transformado. Tengo que reconocer que los primeros días fueron fantásticos. Papá y yo nos pasábamos el día “echándonos una mano” y haciendo contorsionismo; es decir, poniéndonos las extremidades donde nos apetecía. Era muy divertido. A veces jugábamos a Mr. Potato. En realidad, eran todo ventajas. Menos tiempo sin dormir equivale a más tiempo con la consola. No se me ocurrió pensar cómo iba a afectarme el tema con mis amigos hasta el día que dejaron de llamarme para bajar al parque. Después me enteré por uno de ellos que les daba vergüenza ir conmigo porque olía un poco a carne pasada. Hasta a Santi le daba vergüenza, y eso que sus zapatillas de deporte olían a coliflor con bechamel y huevo podrido.

A Amaia, mi hermana, le daba igual lo de marcharse a Alcobendas. Estaba enfurruñada desde la mutación. Poco después de transformarse, le había pasado un poco lo que a mí y había dejado de salir con sus amigas. Y llevaba muy mal lo del olor a ca-

brales. Estaba muy rara. Quiero decir, más que de costumbre.

Aun así, me resistía a lo de mudarnos a una ciudad nueva. Entendía por qué lo querían hacer mis padres: en otra ciudad nadie notaría lo que habíamos cambiado porque no nos habían conocido antes. Sin embargo, abandonar mi cuarto, la casa donde había crecido, mi colegio... Era muy duro. También dejaba atrás a mi abuela, por ejemplo, a la que adoraba. Siempre traía en el bolso cromos para mí o revistas para mi hermana. Además, pese a las quejas de mi madre, se ponía el delantal y nos preparaba a Amaia y a mí croquetas o tortilla de patatas o bizcochos. Nunca, nunca, nunca, la había visto cocinar brócoli. Así de guay era mi abuela.

Aunque estaba bastante bien de salud ya era muy mayor, y a mi madre le daba miedo que algún día se nos cayese un trozo de cuerpo delante de ella y le diese un ataque al corazón. Al final no nos quedó más remedio que irnos. Nuestros vecinos empezaban a hablar. Habíamos cometido ciertas imprudencias. Bueno, yo no, pero mi padre, cuando todavía no controlábamos lo de "la hora de los cachos", se bajaba a ver el fútbol al bar y se olvidaba de lo de la piel. Y no veas, salía del bar y parecía una alcachofa de ducha boca arriba; vamos,

que le salía todo lo que había tomado por los agujeros que se le habían formado en la piel. Y, pues eso, que la gente de Parla comenzó a murmurar.

Y luego estaba lo del perro. Resulta que el perro de la vecina, cada vez que nos veía, se lanzaba hacia nosotros e intentaba mordernos. Y se pasaba toda la noche ladrando. Después nos dimos cuenta de que a todos los perros les sucedía lo mismo. No acabo de entender si el olor a coliflor les gusta, y por eso quieren mordernos, o lo odian, y por eso quieren mordernos. El caso es que desde entonces no puedo ni ver a los perros.

Total, que mi madre buscó un piso en Alcobendas. Al otro lado del mundo, donde nadie nos conociese.

Nos mudamos a finales de agosto. En septiembre comenzábamos en el *cole* nuevo, por lo que mi madre pensó que convendría instalarnos en la nueva casa dos semanas antes, para ir acostumbrándonos.

No me acuerdo mucho de la mudanza. Solo que la hacíamos por la mañana. Como podréis imaginar, resulta un poco difícil cargar con una bolsa cuando se te caen los brazos a cada momento. Me permitieron quedarme con la habitación más amplia, para compensarme, digo yo, por haber dejado todo atrás. Pensaba en mis amigos, pero si me entraba nostalgia me

obligaba a recordar que habían sido unos viles traidores y que me habían apartado solo por oler un poquillo mal, casi nada.

Recuerdo haber mirado por la ventana la primera noche que pasamos en el piso nuevo. Solo se veía un descampado triste y solitario, como yo, con un cartel en el que ponía: "Alcobendas, un sol de ciudad".



Los primeros días los pasé encerrado en el piso nuevo, oscuro y fresco. Mi madre lo había elegido porque creía que nos podía ayudar a retrasar "la hora de los cachos". Al principio nos portamos muy bien. Yo saqué mis libros, mis juegos y juguetes de cuando era pequeño de las cajas y bolsas y los coloqué y recoloqué hasta que estuvieron a mi gusto. Después vi *Transformers* tres veces. Molesté un poco a Amaia y, ya, por último, mamá me echó a la calle. Le estaba empezando a poner nerviosa que jugase con el balón dentro de casa. Era un miércoles a mediodía, así que comencé a dar vueltas por el barrio, para conocerlo un poco. Había una frutería, una farmacia y, por suerte, a menos de dos

calles de mi casa, una tienda de cómics. No todo estaba perdido. Después del paseo me senté en el banco de un parque grande, que tenía una zona para niños pequeños y estaba enmarcado por unos árboles altos y frondosos. Allí, en aquel banco, la ciudad quedaba lejos; como si me encontrara en medio del campo.

Llevaba un rato dibujando mi nombre en la arena con el pie cuando apareció un grupo de cuatro chicos de mi edad. Uno sujetaba un balón. Se quedaron mirándome pasmados. Al principio pensé que podían percibir mi olor desde allí, pero enseguida me di cuenta de que les estorbaba. Querían ese banco para utilizarlo de portería y no sabían cómo decirme que me fuese. Me levanté decidido a marcharme cuando uno de ellos, alto, espigado y un pelín encorvado hacia delante, como un saltamontes de pie, me dijo:

—Necesitamos un portero. ¿Te apuntas?

Yo odio ser portero, pero cuando eres el último en llegar es lo que toca.

—De acuerdo, ¿con quién voy?

Aquella tarde regresé a casa contento. Les conté a mis padres que había hecho nuevos amigos y se alegraron bastante. Además, iban al colegio en el que nos habíamos matriculado Amaia y yo. Uno de esos con uniforme y

del que sales ya para ir a la universidad. Mis padres me dijeron que podía bajar al parque siempre que quisiese. Solo hicieron hincapié en que tenía que volver a casa como muy tarde a las seis, antes de que empezase a descomponerme, o nos descubrirían.

Fui a la habitación de Amaia a contárselo, pero en cuanto se lo dije me cerró la puerta en las narices. No sabía si enfadarme con ella por lo de los portazos en la cara, pero es que en el fondo la entendía. Le daba miedo que le volviese a pasar lo de las babas delante de la gente. A mí me ocurría lo mismo. Vamos, que si disimulaba no era solo por miedo a que nos descubriesen. Aunque lo de Amaia iba un poquito más allá: se pasaba las horas muertas en el baño, mirándose en el espejo y controlando con un reloj cómo tenía el cutis a cada rato. Un día fui a lavarme los dientes y me la encontré allí metida. Estaba un poco triste.

—¿Quién me va a querer así?

“Yo te quiero”, iba a decirle, pero temí un portazo y que me dejase sin pasta de dientes, así que me marché a mi habitación pensando en sus palabras.

En aquel momento todo parecía indicar que yo, por lo menos, volvería a tener amigos. Bajé al parque la tarde siguiente, y la de después. El chico alto se llamaba

Rober. Era bastante majo, aunque un poco tontón. A veces hacía bromas que parecían de niño pequeño, como fingir que se sacaba mocos y me los tiraba. Muy payaso, de verdad, pero era el que mejor me caía del grupo.

A los pocos días de jugar al fútbol con ellos, el resto de los chicos empezó a quejarse de que en aquel parque olía como a cloaca. Yo, como podrás imaginar, mientras lo decían me quedé mirando fijamente uno de los árboles, como si la cosa no fuese conmigo. Rober, en cambio, no dijo nada, ni se quejó en ningún momento. Creo que es un poco corto de olfato; como si fuese sordo o ciego, pero de nariz. Vamos, que le puedes poner un huevo podrido bajo las *napias* y a él le seguirá pareciendo que huele a flores silvestres. Pasaron unos cuantos días más, los chicos dejaron de venir uno a uno, y el único que seguía bajando a darle al balón conmigo era Rober.

A la semana de conocernos me invitó a su casa a jugar a la consola. Ya llevábamos un buen rato en el parque, debían de ser las cinco. En teoría tenía que estar volviendo a casa, pero él me había hablado de un videojuego en el que aparecía un monstruo que daba la impresión de que se salía de la pantalla, de lo brutales que eran los gráficos, y cedí a la tentación.

Me olí un poco por encima y pensé que tampoco me podía pudrir tanto en una hora, y le dije que sí. Estuve pensando en avisar a mis padres, pero si les llamaba me iban a decir que fuese corriendo a casa. Puse el móvil en silencio y eché a andar con Rober.

Me contó que era hijo único y que sus padres le dejaban llevar a quien quisiera. Luego se puso a hacer el ganso de nuevo y, para distraernos mientras avanzábamos por las calles, se inventó un juego de los suyos, muy tonto. Él decía una palabra y yo tenía que cambiarle todas las vocales por “o”.

—Pelota —decía él.

—Poloto —respondía yo.

—Tanto.

—Tonto.

—Bebo.

—Bobo.

Hubo un momento en que a Rober se le salieron los mocos de la risa. A mí me había contagiado. Era una tontería de juego, pero no podía parar de reírme.

Cuando llegamos a su casa, su madre salió a recibirnos. Era una señora alta y espigada, como Rober pero con rulos. Me miró de arriba abajo y nos mandó quitar los zapatos porque decía que acababa de fregar y los

llevábamos con kilos de barro. Nos dio unas pantuflas que hacían que, en lugar de caminar, patinases.

Rober se puso muy serio mientras me presentó a su madre, y yo le imité, pero cuando entramos en su cuarto seguimos jugando al juego de la “o” y riéndonos como dos tontos. Él estaba tirado en la cama y yo, mientras, daba vueltas por su cuarto. Tenía miles de cosas: unos robots muy chulos que se desmontaban enteros, una nave espacial enorme y varios juegos de mesa, pero estaba todo tan colocado que me daba miedo tocar nada.

Su madre entraba de vez en cuando y me preguntaba cosas como dónde vivía o a qué colegio iba. Al principio le respondíamos con todas las vocales de la frase cambiadas a “o” como:

—Voy o or ol mosmo colgoo quo so hojo.

Hasta que la madre de Rober perdió la paciencia y le dijo a su hijo que si no empezábamos a comportarnos le iba a castigar toda la semana sin balón, cosa que no nos podíamos permitir, porque el mío no era de reglamento y estaba un poco deshinchado. Así que nos callamos, pero la madre de Rober siguió preguntándome cosas, como que en qué trabajaba mi madre, que si sacaba buenas notas, esto, lo otro...

Con tanta pregunta me dio por pensar que sospechaba algo, pero fui al baño un par de veces a ver si se me había movido alguna extremidad. No, todo estaba en su sitio, así que a saber por qué me interrogaba.

Estuvimos jugando un buen rato con la consola, riéndonos sin parar. No recordaba la última vez que había jugado con alguien. Cuando me quise dar cuenta eran las ocho, ¡las ocho! Era extraño que todas las partes de mi cuerpo siguiesen en su sitio.

Me iba a ir corriendo, pero la madre de Rober me invitó a cenar. Le dije que mis padres me habían puesto hora y que tenía que estar en casa a las nueve, pero la estratagema me salió fatal, porque la buena señora, a gritos, me dijo que en su casa se cenaba a las ocho en punto, así que no había problema.

Total, que allí estaba yo, que ni comía ni bebía desde la transformación, sentado frente a Rober mientras su madre nos servía una sopa amarillenta de cocido y continuaba preguntándome cosas:

—¿Y tu padre en qué trabaja?

—Es carnicero —le contestaba.

La madre de Rober se giró para buscar la sal de la repisa y me dio sin querer con el codo en la cabeza mientras yo removía los fideos. Y entonces se me

cayó un ojo en el caldo. ¡Un ojo! Yo no sabía dónde meterme.

Miré rápidamente a la madre de Rober, aunque la veía algo borrosa. Menos mal que estaba de espaldas a mí buscando algo en un cajón. Después me volví para mirar a Rober, que me observaba con la boca completamente abierta y los ojos como platos. Parecía un besugo de los de la pescadería.

La madre de Rober se giró, pero yo me las arreglé para quedarme de lado y que solo me viese la parte de la cara que todavía tenía ojo. Entonces miró la sopa.

—Ha caído un ajo en tu sopa —me dijo señalando mi ojo, que flotaba en la sopa, medio hundido, como si fuese un iceberg.

—Es un ojo —dije yo avergonzado.

No sabía qué hacer, me habían descubierto. ¿Qué harían conmigo?

—Ya basta de juegos, os he dicho ya que paréis con el dichoso juegucito de la “o”. Venga, quita el ajo si quieres. Acabaos la cena que tengo que recoger antes de que llegue tu padre y dejad de marearme, por favor, que tengo mucho que hacer.

Y tras decir esto se marchó a toda prisa, con la sopera en las manos.



Rober no se había movido ni un milímetro. Seguía con su cara de pez. No reaccionaba.

Yo saqué mi globo ocular de la sopa, lo enjuagué en el vaso de agua y me lo volví a poner en el agujero.

—Lo siento mucho, Rober.

Él no respondió, y yo me fui a casa corriendo. No podía arriesgarme a que se me cayese nada más.



Cuando llegué, mis padres y Amaia estaban sentados en el salón. Parecían preocupados.

—¿Dónde has estado? —gritó mi padre, descompuesto—. Pensábamos que te había sucedido algo. Ya nos imaginábamos que te habías derretido en el parque.

—No, papá. Estoy bien, pero creo que vamos a tener que mudarnos de nuevo.

Les expliqué la situación, les pedí perdón. Comenté que debíamos irnos a Francia o a Marruecos y que podíamos mudarnos todas las veces que quisiésemos.

—¿Qué me decís de un sitio con playa? —pregunté mirando a Amaia, para ponerla de mi parte.

Pero ella, para variar, se fue del salón y se metió en su habitación dando un portazo.

—Vamos a pensar las cosas con calma —dijo mamá—. Lo mejor será esperar a ver qué pasa. De momento estás castigado sin salir de casa hasta que comience el colegio.

Después de lo que me había sucedido, aquello no era un castigo, era una bendición.

Me fui a mi cuarto, me tiré en la cama y me pasé así tres días seguidos. Estaba hecho polvo, no solo porque había puesto en peligro a toda mi familia y tendríamos que mudarnos otra vez, sino también porque había perdido al único amigo que tenía en esa ciudad.

Transcurrieron los días y no pasó nada de nada. Ni vino la policía, ni Rober, ni nadie curioseando.



Mi madre nos llevó al colegio el primer día del curso. Estábamos más que nerviosos. Si los zombis sudasen, habríamos sudado. Sé que Amaia, aunque se hacía la dura, también estaba inquieta, porque en lugar de ponerse borde se quedó conmigo en secretaría hasta

que sonó la campana. Después, una señora muy amable nos llevó a cada uno a su clase.

Al ser tan alto, fue al primero que vi al entrar. Me miraba desde la última fila de clase mientras la profesora me preguntaba mi nombre y lo apuntaba en un papel. Mis compañeros me miraban con curiosidad. Estaba seguro de que Rober les habría contado algo y estuve a puntito de salir corriendo. La profesora me mandó sentarme. El único sitio que quedaba libre era al lado de Rober. Tragué saliva y me senté.

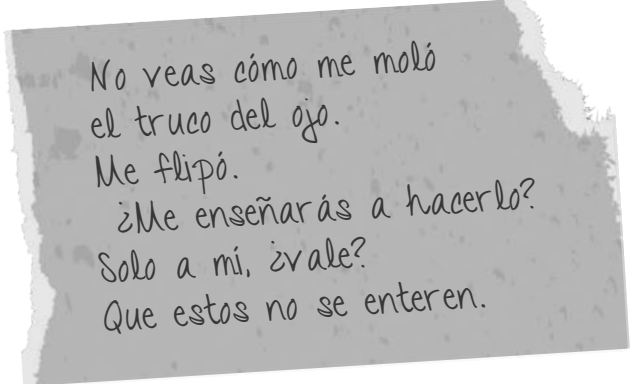
—Psss.

Rober intentaba que le mirase, pero yo seguía con la vista al frente y hacía como que no le oía.

—Psss. Antxón, mírame.

Esto lo dijo tan alto, que no me quedó otra que girar la cara hacia él. Me pasaba un papelito.

Lo abrí esperando cualquier cosa. Ponía:



No veas cómo me moló
el truco del ojo.
Me flipó.
¿Me enseñarás a hacerlo?
Solo a mí, ¿vale?
Que estos no se enteren.

Le miré y le sonreí, y él empezó a poner caras de loco
y a imitar a la profesora.

